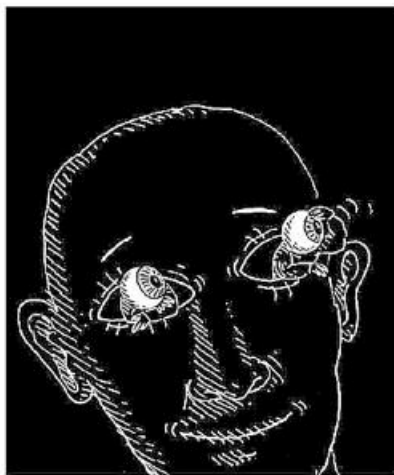


Escribo con tinta negra. Y los negros (a diferencia de los grises, los azules, los verdes o los marrones oscuros) han adquirido más peso, se han hecho más densos. Otros colores destellan, se desvanecen o penetran, pero los negros parecen depositados. Aplicados en la superficie. Y esto conecta con su peso. El negro de una sustancia natural —como el ébano, la obsidiana o la cromita—, nunca es un negro puro; otros colores se esconden en él. Los negros que se aplican son siempre artificiales.



48

49

Esta luz ubicua recién descubierta parece calma y silenciosa; son las sombras y la oscuridad las que hacen ruido. La luz te pone una mano en la espalda. No te vuelves, porque reconoces su tacto desde hace mucho, mucho tiempo. Es lo que viste primero, pero nunca le diste nombre.



40

«La extracción de las cataratas es comparable con la extracción de una forma particular de olvido», dice John Berger. Del olvido de luz, de la precisión del detalle, del talento perdido de la mirada. Una metáfora del mundo sobre la imposición desigual de poder. Y es que la palabra catarata, de origen griego, posee el doble significado de cascada y verja levadiza, una obstrucción que desciende desde lo alto e impide el paso.

J. Berger/S. Demirel

Luz en la espalda

Libro

POR ROSA ULPIANO

■ Son pocas las cosas de este mundo que no escapen al dualismo y la contradicción. Nuestra visión, nuestra mirada con el tiempo se ve envuelta y la mayoría de las veces viciada por una serie de teorías estéticas, conceptuales, críticas, políticas (...) y en los últimos años por una invasión y desinformación tecnológica que nos impide acercarnos al mundo con una mirada llamémosla «pura» en el sentido pulcro de la palabra. Contaba el escritor francés **Jean**



JOHN BERGER
Cataratas

► Con dibujos de Selçuk Demirel
► EDITORIAL GUSTAVO GILI, 2014

Paulhan que el crítico de arte **Roger-Marx**, dijo un día a **Degas**: —*Les Beaux Arts* (Las Bellas Artes)... —*Si c'est comme ça* (Qué demonios), contestó Degas, *je fous le camp* (Yo me largo). Y es que las teorías de estética pueden ser tan aburridas y obtusas que a un

artista por el mero hecho de escuchar la palabra belleza le entren ganas de salir corriendo. Lo mismo ocurre con los conceptualismos contemporáneos, y, por qué no, con las teorías científicas.

La mirada se pierde en un maremágnum de imágenes que muchas veces impide discernir, colapsan el pensamiento ¡Qué gran error creernos que todo es Arte! Sí, el arte ha salido a la calle de manera difusa, pero no por ello cualquiera es artista. Sería como pensar que cualquier información que nos ofrece la red o los medios de información es la correcta. En este sentido **Jacques Rancier** nos da un toque de atención, y nos habla de la emancipación cultural. Vivimos en una dictadura de la desigualdad de inteligencias, y la enseñanza es una de las principales herramientas que impone esta apropiación capitalista del conocimiento. ¿Por qué un hombre de campo, sólo observando el cielo en un día soleado sabe que está a punto de llover? Conocimientos que vamos perdiendo en pro de una saturación de información. Una imposición desigual de poder.

Sin embargo, volvemos a la contradicción que hablábamos al principio. La enseñanza es necesaria. ¿Pero qué sucede cuando alguien pierde de repente la visión? Esto le sucedió al crítico inglés **John Berger** (Londres, 1926), y el resultado es *Cataratas*. Un libro que publica la editorial Gustavo Gili que nos ofrece una visión personal, subjetiva, única, llena de vida y color. Y es que Berger tras haber padecido esta enfermedad, y tras haber sido operado, recoge las diversas impresiones y reflexiones que sufre al salir del encierro de la oscuridad y descubrir de nuevo la luz. Berger lo sentenció así: «La extracción de las cataratas es comparable con la extracción de una forma particular de olvido».

Un olvido que va recuperando a través de la luz, la precisión de los detalles van adquiriendo mayor importancia, los contornos que nos proporciona la luz son intensificados, e imagina horizontes perdidos tras la infancia. Una mayor conciencia que se transforma al observar, de pronto, una escena de **Johannes Vermeer**. Un sentimiento fresco, que goza del talento perdido de la mirada. «Miras los objetos y el pan que están sobre la mesa, el cuenco de barro en el que la mujer está vertiendo la leche de una jarra, y la superficie de todo ello parece cubierta por un rocío de luz», señala el autor. La luz te pone una mano en la espalda y es aquí cuando descubres la necesidad de cambiar nuestra mirada en un mundo contaminado de imágenes e información. Contaminado en todos los sentidos de la palabra, y que nos remite a esta necesidad de ver cada mañana el mundo como si fuera la primera vez. Los colores, al igual que las impresiones, son puros. Una intimidad que viene acompañada por los pulcros, elegantes y preciosos dibujos, **Selçuk Demirel** (Artvin, 1954). El resultado es un bello y poético libro, que como sucede con todas las lecturas de Berger te deja con ganas de más, te traslada a una sensualidad europea que logra iluminar con una claridad sin precedentes este mundo inmerso en unas terribles cataratas.